

Novelesco final *de un Mártir de la Patria*

Manuel José Forero

A hora temprana de un día de 1831 llegó en humilde cabalgadura un viajero, a inmediaciones de la iglesita parroquial de una aldea colocada al borde de las llanuras orientales de Colombia.

Con prontitud se dirigió hacia la casa cural, en cuyo pesado portón golpeó con mano apresurada.

Tal viajero manifestaba, así en el rostro como en el traje, la pesadumbre de una larga jornada desde el interior de aquellas extensiones, desenvuelta en parte considerable bajo los rayos del sol tropical.

Una vez abiertas las puertas de la casa, rogó se le pusiera al habla con el párroco del lugar. Acudió éste sin demora y oyó de labios del solicitante el ruego de acompañarlo en seguida, para asistir a un muribundo con los últimos sacramentos.

Atendió el eclesiástico la petición del llanero. Y mientras este descansaba algunos momentos a la sombra de un árbol, y tomaba algún refrigerio, estuvo lista la cabalgadura necesaria para realizar en buenas condiciones la inesperada travesía.

Los lugareños vieron pasar por la plaza a los dos viajeros, incorporados luego a la comarca sin límites.

Después de varias horas anunció el labriego a su acompañante la proximidad del tambo en donde se hallaba el enfermo. Por todas partes la soledad rodeaba la choza humildísima.

* * *

Los llaneros de entonces y de hoy adquieren el concepto de la supremacía del hombre delante de los peligros propios del aislamiento y de la violencia del medio natural.

Los anchos ríos significan apenas una dificultad superable. Y la selva espesa en donde acechan los reptiles y aguardan

las fieras de poderosas garras, viene a convertirse en acicate para el espíritu audaz.

Conocen aquellos pobladores la urgencia de multiplicar sus energías, a fin de dominar las amenazas circundantes y vencer un ambiente de cualidades tan díscolas.

Quien vive allí pierde de vista las leyes particulares de la vida civil y debe revestirse a toda hora de un fiero sentido de coraje y de fuerza.

El hombre cuya mano levanta su cabaña a la sombra de altas palmeras y al lado de innumerables morichales, no ignora la potencia de la naturaleza, capaz siempre de hacerle sentir su poderío.

Las llanuras prestan refugio seguro a quienes necesitan de ellas, y satisfacen con ruda generosidad ambiciones de distancia y de olvido. Pero exigen con rigor la faena siempre inconclusa y la tenacidad siempre esencial para la subsistencia humana.

* * *

En la habitación rústica reposaba sobre duro lecho el enfermo. Una buena mujer cuidaba de su sueño y estaba atenta a sus menores movimientos. Cuando entró el párroco de la aldea, despertó aquél, y con amable ademán le saludó e invitó a sentarse.

El eclesiástico le miró con discreta mirada y entró en sosegada conversación con él.

Sorprendió mucho al visitante hallarse delante de un hombre de facciones distinguidas y de bizarra figura, pues más bien esperaba encontrar a un campesino rústico. El brillo amortiguado de sus grandes ojos negros contrastaba con la blancura de los cabellos abundantes.

Oyó en confesión el párroco al desvalido estanciero, y le prodigó los cuidados espirituales codiciados por él.

Concluido todo ello, rogó el enfermo al solícito sacerdote, le escuchara todavía algunas palabras que deseaba confiarle, y entonces le dijo:

—Usted no me conoce ni podría adivinar quién soy, pues hace muchos años paso por muerto. Mi nombre es José María Gutiérrez y con él figuré en la lista de los primeros patriotas entregados por entero a la independencia de Colombia.

Desde 1810 todos los granadinos anhelosos de la libertad nos propusimos trabajar por ella. Unos ocuparon puestos im-

portantes en el nuevo gobierno. Otros fuimos a luchar en los campos de batalla. Yo tomé las armas y alcancé en filas el grado de coronel, con el cual me conocieron mis soldados hasta el año amargo de 1816, cuando Morillo se apoderó de todo el territorio y destruyó la obra de seis años de sacrificios.

El mismo Morillo distribuyó soldados por todas partes para batir o aprehender a los fugitivos sostenedores de la patria. Usted sabe cuántos murieron en el patíbulo... Y quizás recuerde usted ahora el fusilamiento del insurgente José María Gutiérrez, en la ciudad de Popayán...

Ese coronel insurgente soy yo. Y no deseaba morir sin confiarle a alguien la verdad de lo sucedido hace ya muchos años.

Así continuó hablando el enfermo a su maravillado oyente:

—El seis de septiembre de 1816 fue la fecha señalada para la ejecución. Cuando los tiranos dominadores de la provincia me pusieron en capilla para prepararme a morir como cristiano, fui asistido por un religioso cuya memoria es sagrada para mí.

Sus palabras de consuelo y esperanza consolaron mucho mi corazón. Y concurrí a padecer la muerte, con grande entereza de ánimo. Ví a la multitud agolparse a las puertas de la prisión para presenciar la salida de los sentenciados. Ví la doble fila de los curiosos reunidos en calles y plazas. Y con mis propios ojos divisé el cadalso.

Llegado allí el religioso franciscano se despidió de mí con tiernas palabras y me exhortó al perdón de los enemigos. Hice yo ese último sacrificio, y me coloqué en el sitio señalado para el fusilamiento.

Y todavía recuerdo con rabia y amargura la declaración dada bajo mi firma, en un pliego abominable, para implorar la piedad del Rey y reconocermé culpable de haberme opuesto a su voluntad soberana...

El fúnebre y terrible momento llegó. La descarga del pelotón me privó de sentido. Caí al suelo. Y entonces el religioso se acercó a mi cuerpo desmadejado y observó con prontitud que yo no estaba muerto como lo creían en ese instante mis ejecutores y verdugos.

No dio a entender a los circunstantes la emoción de su alma. Me cubrió el rostro con su manto y pidió luego al coman-

dante el permiso indispensable para darme sepultura en la iglesia de su convento.

Sin dificultad concedió dicho permiso el oficial, pues bien sabida era la costumbre de dar sepultura en los templos a quienes por su piedad se hubiesen hecho acreedores a tan señalada merced.

Con sumo cuidado mi benefactor me hizo conducir al recinto sagrado, y me dejó allí sobre una camilla improvisada, mientras ordenaba cerrar las puertas. Y volvió luego a mi lado, para conducirme a una celda, en la cual cuidó mucho tiempo de mis heridas. Finalmente logré mi recuperación total y me sentí apto para seguir viviendo.

Cambié de nombre para no comprometer a mi redentor; y con infinitas precauciones salí de Popayán largo tiempo después, y vine a refugiarme a estas llanuras, como lugar tranquilo y sosegado. Aquí he vivido desde entonces, ignorado de todos pues preferí conservar una existencia inadvertida y segura, a pesar de algunas noticias indicadoras de la libertad lograda finalmente, a costa de esfuerzos innumerables.

Yo era, concluyó diciendo, el entusiasta patriota de sobrenombre "El Fogoso"... Ahora aguardo la muerte, sin dolor y sin amargura...

La narración anterior fue conocida en sus líneas generales, por el ilustre escritor José María Vergara y Vergara, hacia la segunda mitad del siglo pasado. La consignó en las páginas de la Historia de la Literatura en la Nueva Granada, sin omitir su concepto acerca de la imposibilidad de comprobarla, y de allí la hemos tomado para el presente relato.

En la relación correspondiente a víctimas sacrificadas en Popayán, aparece el nombre de José María Gutiérrez, "El Fogoso".

El relato primitivo y original fue confiado por el párroco citado, a personas dignas de su confianza. Estas lo hicieron conocer de tan eminente escritor.

Debe saberse, además, la circunstancia de que en el Boletín del Ejército Expedicionario, cuya publicación fue ordenada por Morillo, se encuentra incorporado el pliego en cuyo texto aparecen las palabras del prócer, acerca de su arrepentimiento, igualmente inútil y amargo.